

Los confiteros alcazareños de entonces son conocidos y ya constan en esta obra, el tío Espinosa, padre de Julio y de Paco y sus hermanas y Ambrosio y la Gregoria. Pudo alguno ir a la Mahonesa, pero entre ellos no hubo ningún Miguel ni cambiaron el horno por la tartana.

En otro paraje de la *Ruta*, cuando van a Ruidera, Azorín llama a Miguel, el viejo carretero, lo que puede suponer quebranto físico o decadencia más que antigüedad en el oficio.

Otro detalle es que cuando salió de Argamasilla para Villarta y el Puerto no llevaba mula, pues le pregunta a Miguel:

—¿Vamos a marchar?.

—Vamos a marchar cuando usted quiera, le contestó Miguel.

Y relata:

—Yo he subido en el diminuto y destartado carro, la jaca —una jacuita microscópica— ha comenzado a trotar vivaracha y nerviosa.

Cuestión muy digna de tenerse en cuenta es que Azorín vino en tren, en el tren mixto, como era usual, como lo hizo desde Valencia cuando fue a Madrid por primera vez. Y es prueba de ello que no se detuvo en Alcázar y se apeó en Cinco Casas, a donde también iba otro compañero de viaje. ¿Puede ser que Miguel, el confitero y carretero alcaceño estuviera en Cinco Casas?.

Brindo las dudas a los lectores y muy especialmente a mi querido amigo Crescencio Rosado, gran manchego, meticuloso y tenaz cervantista a quien es difícil meterle bolas ni que él las deje de pasar aunque vayan volando y puede que incluso ésta, aparte del Quijote pero relacionada con él y con La Mancha, la tenga bien catalogada y nos la pueda aclarar.

Sucedido

En la *ladina* de Villafranca ocurrieron muchas cosas cuando iban los gañanes a bañar las mulas al acabar del agosto y hasta se tenían que entrar ellos para llevarlas de los ramales y ellas en sacos para quitarse las cascarrias de todo el año. Era poco más o menos lo que hacían los aristócratas en el Sardinero.

Se iba la familia para media semana y con hato suficiente, juntándose dos o tres filas de carros alrededor del charco. Cada grupo lo pasaba al amparo de su carro, pero al aire libre, como hacen ahora los que viajan con la furgoneta en la cola, Reinaba el buen humor con los ruidos y algazaras propios del caso.

Una noche se levantó el Mierdón a orinar y en el silencio de la madrugada sonaba tanto el chorro en el charco que hizo, que entre sueños le dijo la Carmen:

—Pretolo, que se vierte el tonel.

—Ponle el corcho, le contestó Petronilo apretando.